

Hay que partir de este principio incontestable para comprender bien lo que nos resta que decir sobre la misión divina de los sufrimientos en los miembros vivos de Jesucristo.

Pero antes completemos lo que ya se ha dicho con las reflexiones siguientes. Es de tal manera verdad que fué preciso que Cristo sufriera y muriera, que San Juan en el Apocalipsis, hablando de Jesucristo, el Cordero inmaculado, no temió decir que lo fué después del origen del mundo: *Qui occisus est ab origine mundi*. (Apoc., XIII, 8.) En efecto, de antemano, por decreto eterno de Dios, fué reservado, predestinado Cristo al sacrificio, y estaba ya como inmolado á los ojos de Dios, para quien todo está presente. Sino que durante cuatro mil años, lo que fué una inmolación decretada y como virtualmente anticipada, se convirtió para Cristo Redentor en una realidad terrible, desde el primer instante de su vida mortal, sobre todo en su agonía en el Huerto de las Olivas, en su pasión y en su muerte.

Acerca de esta inmolación continua del Hombre-Dios, permítasenos aportar el testimonio de Santa Catalina de Sena. Muy frecuentemente—nos dice el autor de su vida—hablando de los sufrimientos del Salvador, afirmaba la Santa con un acento de certidumbre, que desde el primer instante de su concepción había llevado El la cruz en su alma, á causa de su excesivo deseo de la salvación de los hombres. Amando Dios al hombre con un amor perfecto—decía la Santa—Jesucristo soportaba interiormente los tormentos de un verdadero martirio, hasta que por su pasión y muerte devolvió á Dios el honor que el pecado del hombre le había robado, y al hombre la salud que para siempre había perdido por su pecado. Y nadie se figure—añadía Santa Catalina—que esta cruz fué pequeña y ligera; por el contrario, fué grande y pesada.—Tal es la afirmación de una Santa á quien nuestro Señor se dignó honrar con sus confianzas, y á quien había asociado de una manera tan íntima á su vida crucificada. Por lo demás, es tam-

bién la opinión común, resumida en estas palabras tan conocidas del autor de la *Imitación de Jesucristo*: «Toda la vida de Cristo—dice—ha sido una cruz y un martirio continuo». *Tota vita Christi crux fuit et martyrium*.

CAPÍTULO IX.

MISIÓN DIVINA DE LOS SUFRIMIENTOS EN MARÍA, MADRE DE JESÚS.

—

Cuando quiere el divino Redentor asociar á alguno á su obra reparadora, le asocia al mismo tiempo al medio reparador que ha elegido para rescatar al mundo, quiérese decir, á la cruz. He aquí por qué la Iglesia católica, que ha recibido de Jesucristo la misión de continuar su obra de reparación á través de los siglos, esto es, de aplicar á los hombres los méritos del Redentor, lleva siempre en la frente el signo sangriento de la cruz, y vive siempre en la persecución y en los sufrimientos. De aquí la denominación de *militante*, dada á la santa Iglesia, nuestra madre, y en una medida más ó menos restringida, á cada uno de sus hijos; de aquí también que las almas, á quienes nuestro Señor se digna asociar particularmente á su misión reparadora, tengan una parte más ó menos grande en sus dolores, que El la reserva, y una parte más extensa de cooperación en su obra. Para no citar más que un solo ejemplo, el más brillante de todos, ¿quién no sabe que la criatura más excelente, llamada por los Padres y los Doctores la segunda *Mediadora* del mundo, ha sido también la segunda *Victima*? Aquella á quien invocamos bajo el título de Madre de Dios y Reina de los Apóstoles, *Mater Dei*, *Regina Apostolorum*, ¿no la invocamos también bajo el título de Virgen de los Dolores y de Reina de los Mártires, *Virgo Dolorosissima*, *Regina Martyrum*?

Leyendo en el Evangelio la profecía del viejo Simeón, ¿no has conocido la relación que establece entre los dolores de Jesús y los de María, esto es, entre Jesús *victima* y María *victima*, para la salud de los hombres? «Este Niño, dice, será un día signo de contradicción.» *In signum qui contradicetur.* Y añade inmediatamente después: Y tú, ¡oh María! tú verás traspasada tu alma por una espada de dolor.» *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.* La continuación de la vida de la Santísima Virgen no es más que una aplicación de esta profecía del santo anciano. A partir desde aquel momento, la vida de María es, como la de su Hijo, una cruz y un martirio continuados. La previsión cierta de los tormentos y de la muerte de su Jesús, y, después de que espiró en la cruz, el amargo recuerdo de su dolorosa pasión, fueron para ella como una espada de dos filos, que abrió en su corazón maternal una herida sin cesar renovada.

Pero, sobre todo, donde sintió más la punta acerada de esta espada fué al pie de la cruz, por la razón de que allí, más que en todas partes, fué asociada por su divino Hijo á la obra de nuestra redención. Sí: en el Calvario, enrojecido con la sangre de Jesús, fué donde María nos adoptó por hijos en el dolor para la vida de la gracia, recibiendo en su compasivo corazón, de rechazo, los golpes de los sufrimientos y de la muerte de su divino Hijo. Allí fué donde cumplió solemnemente su misión de *segunda victima* del género humano. Una mujer y un hombre perdieron al mundo: un hombre y una mujer le salvaron. Este hombre fué Jesús, Hombre y Dios todo junto; esta mujer fué María, Madre de Dios, hecho hombre por nosotros.

Sin duda alguna, como no hay más que un solo Dios, no hay más que un solo mediador entre Dios y los hombres; y este mediador es Jesucristo. *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus.* (I, Tim., II.) No es menos cierto, por tanto, que este divino y único mediador, ha querido asociar de una manera especial á su obra de mediación á la persona de quien había recibido

la vida como hombre. Por esta razón asoció á María íntimamente á su cruz, instrumento de nuestra redención. Decir hasta qué grado ha cooperado María á este gran misterio es el secreto de Dios. Bajo este concepto, como bajo todos los otros, el cielo nos revelará las relaciones inefables de intimidad entre Jesús y María, entre la obra del Hijo y la cooperación de la Madre, que nuestra debilidad habría soportado con pena. *Non potesti portare modo.* Lo que podemos decir con San Epifanio sin temor de engañarnos, es que María ha sido la mediadora del cielo y de la tierra, efectuando naturalmente su unión. *Ipsa enim est cæli et terræ mediatrix quæ unionem naturaliter peregit.* ¿No podemos decir también que ha sido al pie de la cruz como una copa misteriosa en la cual se recogió preciosamente toda la sangre del Redentor, para ser distribuida por ella al mundo? ¿No es esto lo que la Iglesia quiere darnos á entender cuando llama á María Madre de la divina gracia, *Mater divinæ gratiæ*, de esta gracia que nos llega con el jugo del árbol de la vida, es decir, con la sangre del Salvador, que corre en olas sobre el Calvario de sus llagas abiertas? ¿No es esto lo que explica las calificaciones que, conformes con los Santos Doctores, damos á María, llamándola canal y distribuidora de la gracia? De ella es de quien los Apóstoles, y con ellos toda la santa Iglesia, han recibido el precioso tesoro por medio del cual compramos el derecho á la vida eterna. ¿Y no parece razonable que después de haber recibido Jesucristo de María la sangre que le comunicó su vida de hombre, ofrezca á su Madre esta misma sangre convertida en sangre de un Dios? El amor divino tiene misterios profundos y atenciones de una delicadeza infinita. ¿Quién puede comprender las que el Hijo más amante ha debido tener con la más amorosa de las madres?

No olvidemos que, después de Jesús, María es la que más ha contribuido á la reconciliación del género humano, no solamente porque es Madre del Redentor, sino también porque ha sido con él vic-

tima para nuestra salvación; y que á la *pasión* del Hijo ha correspondido perfectamente la *compasión* de la Madre. De aquí este trabajo de vida sobrenatural, al que en toda la duración de los siglos cristianos la Santa Virgen no ha cesado de cooperar en la Iglesia y en las almas. De aquí esta intervención universal y llena de eficacia que la atribuye el sentido católico en todos los acontecimientos que interesan á la santa Iglesia, y en particular á cada uno de sus miembros. ¿En qué siglo cristiano no se ha conocido la intervención de María por las señales brillantes de su protección? ¿Cuál es el cristiano, hijo de la Iglesia, que no es deudor á María de innumerables y señalados beneficios?

Si pides la razón, lector piadoso, de esta intervención continua y eficaz, te responderemos: No solamente María es Madre de Dios y Madre de los hombres, sino que es también la segunda *victima* del mundo, y, por esta cualidad, desea ardientemente que los sufrimientos de su Hijo y los suyos no sean perdidos para los hijos de Adán, que son su familia adoptiva. En una palabra, en María el sufrimiento ha recibido, de Jesús y por Jesús, una misión divina, la de cooperar á la salvación del género humano. Acordaos ¡oh pecadores! de los gemidos de vuestra Madre y convertíos. *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.* (Eccli., VII, 29.)

Tal es la divina misión del sufrimiento, en el orden de la salvación de las almas. Sobre ella, como sobre un fundamento inquebrantable, ha establecido el Hijo de Dios todo el edificio de nuestra santa religión. Ella nació de su sangre y de su dolor, como la flor nace de su tallo. El fundador de la religión católica es un crucificado, un hombre de dolor. *Virum dolorum.* La cooperadora de su obra es una víctima asociada á su pasión, una Virgen de dolor, *Virgo Dolorosissima.* Después de esto, ¿quién se atreverá á dudar de la virtud divina del Apostolado del sufrimiento?

CAPÍTULO X.

MISIÓN DIVINA DEL SUFRIMIENTO EN LOS APÓSTOLES, EN LOS MÁRTIRES Y EN LOS HOMBRES APOSTÓLICOS DE TODOS LOS TIEMPOS.

Después de María, los Apóstoles son á quienes Jesucristo ha asociado más íntimamente á su obra reparadora, y, por consiguiente, á su cruz. El los eligió para ser los principales cooperadores de su empresa, á condición de que consintieran en trabajar como El por el sufrimiento y por el sacrificio. Un día en que se hallaba sólo con ellos, les dijo: «Es preciso que el Hijo del hombre sufra y que sea reprobado por los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, condenado á muerte y resucitado al tercero día». Y á fin de que comprendieran la semejanza que debían tener con su Maestro crucificado, añadió, dirigiéndose á todos: «Si alguno quiere venir conmigo, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Aquel que quiera salvar su vida, que la pierda; y aquel que pierda su vida por mí, la salvará». (Luc., IX.) Desde luego les predijo las persecuciones, como servidores suyos y ministros: «Acordaos, les dijo, de la palabra que os he dicho: el servidor no es más grande que su Señor. Si ellos me han perseguido, os perseguirán también». *Si me persecuti sunt et vos persequentur.* (Joan., XV.) Nótese que cuando nuestro Señor dirigió estas palabras á sus discípulos, acababa de conferirles su misión apostólica, diciéndoles: «No sois vosotros quien me ha elegido, soy Yo quien os ha elegido á vosotros; y Yo os he establecido para que vayáis y deis frutos y para que vuestro fruto permanezca». *Ut fructus vester maneat.* (Joan., XV.) Por esta relación dió

á comprender el divino Maestro á sus discípulos que las persecuciones y los sufrimientos son inseparables del ministerio apostólico que les confirió, y que dicho ministerio no sería fundado más que cuando sufrieran y llevaran su cruz con El. En el mismo discurso, y confirmando esta misma verdad, añadió el más vivo estímulo diciéndoles: «Vosotros seréis oprimidos en el mundo; pero tened confianza, Yo he vencido al mundo». *In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum.*

Tal es el destino de los Apóstoles. Ecos vivos de su Maestro serán también los continuadores de las enseñanzas de su pasión. Ellos predicaron al pueblo á Jesús crucificado; ellos sufrieron y murieron con El y por El. Apóstoles de la palabra y del sufrimiento, á la vez, fecundaron con su sangre la doctrina que habían predicado, en nombre de Jesucristo crucificado. Cuando se les cubría de oprobios se mostraban contentos, porque habían sido juzgados dignos de sufrir la afrenta por Jesucristo. *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Cuando llegó la hora, todos estuvieron prestos á dar su vida por Jesucristo y por las almas que rescató con su sangre. San Pedro, el primero de ellos, murió en la cruz, en el mismo suplicio que su Maestro. Infatigables obreros de la viña del Señor, después de haberla regado con sus sudores, la regaron con su sangre. Todos fueron víctimas y mártires. Así fué como la religión católica, después de haber sido fundada por la cruz, realizó su primera propagación en el mundo por la cruz.

Tres siglos consecutivos de persecuciones acogieron entre olas de sangre cristiana esta religión, que los Apóstoles, con la cruz en la mano, llevaron hasta el fin del mundo; y esta obra regeneradora del Calvario se prosigue por el mismo medio que se inauguró, es decir, por la sangre derramada, por la pasión de Cristo, perpetuada en sus miembros; en una palabra, por la cruz. ¡Oh cuánta verdad resplandece en este profundo dicho de Tertuliano! *Sanguis martyrum semen christianorum.* «La sangre

de los mártires es semilla de cristianos». Al que dudara de ello le diríamos: «Id á Roma y penetrad en las catacumbas, donde por espacio de tres siglos fueron sepultados los cuerpos sangrientos y mutilados de los mártires». Poco antes, en ese mismo lugar, donde tanta noble sangre fué vertida, elevábase fiera y orgullosa la capital del mundo pagano, la Roma de los Emperadores: y he aquí que sobre los despojos de aquella Roma pagana, se eleva hoy la capital del mundo cristiano, la Roma de los Pontífices, Vicarios de Jesucristo crucificado, sucesores de Pedro crucificado, sucesores de los Apóstoles. La cruz venció á la espada y la sangre derramada volcó los ídolos.» Desde el monte Calvario, donde se levantó la cruz, entre tantas ignominias, fué triunfalmente trasplantada sobre el Janículo; y de aquí que, como desde un trono resplandeciente, reine Cristo sobre el mundo y sobre los despojos del paganismo vencido. *Christus vincit, regnat, imperat.* ¡Gloria á la cruz! ¡Gloria á los mártires, hijos de la cruz! ¡Respeto á sus venerables cenizas y á sus sepulcros, diez y ocho veces seculares!!!

Escuchemos el conmovedor relato de un piadoso viajero, que describe lo que ha visto en esas catacumbas sagradas, monumento imperecedero del valor cristiano, demostración irrefragable de la maravillosa fecundidad del Apostolado de los sufrimientos para la salvación de las almas. «He admirado, dice, conmovido de devoción, cerca de Roma las catacumbas de San Sebastián, donde permanecieron ocultos más de dos siglos los cuerpos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; donde los Pontífices ofrecieron la santa Víctima, predicando la palabra evangélica y confiriendo la santa ordenación. Abiertos estos subterráneos por los cristianos á la distancia de muchas millas, se extienden hasta el mar: en ellos se encuentran por diversos lados plazas y recodos sin fin, semejantes á un laberinto. Son como una ciudad subterránea. A cada lado de la vía he visto los sepulcros de los mártires, abiertos por pisos y con orden, en las paredes de la tierra, ó en la roca, de manera propia para

contener cada uno un solo cuerpo. En este lugar, que se llama el cementerio de San Calixto, fueron sepultados ciento setenta y cuatro mil mártires y vírgenes. Las vírgenes se designan por la figura de una paloma y los mártires por la de una palma, grabadas sobre los sepulcros. Si no hubiera visto esto por mis propios ojos, añade el piadoso peregrino, nunca hubiera creído en una tan grande maravilla, en una tan grande aflicción, en una tan gran constancia, como la de los primeros cristianos, que abrieron penosamente estas cavernas, disponiéndolas, conservándolas y haciendo de ellas su habitación. Porque, en efecto, está fuera de duda que estos subterráneos, no sólo sirvieron de sepultura á los muertos, sino también de refugio y morada á los vivos. Las actas de los mártires dan de esto fe, entre otras la de Santa Cecilia, en que leemos que Valeriano, enviado por ella cerca del Santo Pontífice Urbano, para recibir de su mano el bautismo, le encontró oculto entre los sepulcros de los mártires. Así era como estos santos é ilustres personajes, estos primeros Pontífices de la Iglesia, de que el mundo no era digno, vivían entre los muertos, privados de la luz del día y en las profundidades de la tierra, donde no se encontraban tampoco en seguridad..... Levantad, ¡oh cristianos! exclama concluyendo su relato el fervoroso viajero, levantad hasta el cielo palacios de mármol y habitad en moradas suntuosas, resplandecientes de púrpura y oro; yo prefiero vivir en una humilde morada, en esas criptas oscuras, con los santos mártires; y, esperando allí la venturosa resurrección, permanecer oculto un poco de tiempo, á fin de entrar con ellos en los celestiales tabernáculos y ser puesto en posesión del cielo para siempre».

Sería demasiado largo seguir en detalle, á través de los siglos cristianos, que corrieron después de la infancia del catolicismo, la aplicación del programa divino, que presidió á su fundación. Por todas partes y siempre veríamos realizarse el oráculo: *Christum oportuit pati*. Convino que Cristo su-

friera para salvar á los hombres; y es preciso que sus miembros sufran para cooperar á esta obra de salvación. Si fijamos los ojos sobre los hombres apostólicos de todos los tiempos, que recibieron de Dios la misión de llevar á los diversos pueblos del mundo la luz evangélica, y con ella todos los beneficios de nuestra santa religión, ¿qué vemos? Hombres que aparecen á la mirada de los pueblos asombrados con el carácter de víctimas, tanto como con el de apóstoles y ministros de Jesucristo.

Para no citar más que á algunos, recordaremos á San Ignacio de Antioquía, Apóstol ardiente y generoso mártir de Cristo, que selló con su sangre la verdad por él anunciada. Trigo de Jesucristo, une al testimonio de su palabra el de su sangre. Ardiendo en amor por su querido Maestro, muere como lo ha deseado, molido por los dientes de los leones. San Ireneo, apóstol de las Galias, fecunda con su sangre la tierra que había regado con sus sudores. Todavía se venera en Lión, teatro de su celo, el lugar donde ofrecía á Dios la santa víctima, víctima él también para su rebaño. San Atanasio, defensor intrépido de la divinidad de Jesucristo, levanta contra sí de parte de los arrianos tantos odios y persecuciones, que parece, dice el historiador de su vida, que el mundo entero se ha conjurado en su pérdida. San Juan Crisóstomo debía pagar muchas veces con el destierro y con tribulaciones innumerables su valor enérgico y la incomparable elocuencia con que abatió y condenó los vicios de los grandes de Constantinopla, y la concupiscencia de la Emperatriz Eudoxia. Apóstol del sufrimiento, tanto como de la palabra evangélica, es increíble, dice la historia de su vida, cuántos males sufrió en su destierro y á cuántas almas convirtió á la fe de Jesucristo.

En tiempos más cercanos á los nuestros floreció San Bernardo, gloria pura de Francia, y hombre providencial que ejerció sobre su siglo santa y saludable influencia, sirviéndose Dios de él para realizar en su Iglesia las obras más brillantes. ¿Y no fué también un insigne apóstol del

sufrimiento, tanto como un obrero infatigable de la viña del Señor? El historiador de su vida nos le pinta siempre enfermo y casi moribundo: *Corpus tenue et pene mortuum*. San Francisco de Asís, pobre de Jesucristo, á quien la Iglesia es deudora de una innumerable legión de apóstoles y de santos, ¿no era una imagen viva de Jesucristo crucificado, cuando hasta por una gracia de las más raras, de las más insignes, recibió en sus miembros la impresión de las sagradas llagas del Redentor? San Francisco Javier, hombre apostólico, como no le hubo jamás, cuyo celo y trabajos le han valido el sobrenombre de Pablo de los tiempos modernos ¿Cuánto no sufrió para convertir á Jesucristo los pueblos de la India y del Japón? Y el santo fundador, que fué su padre espiritual en Jesucristo. ¿cuánto no pasó para dar á la Iglesia este infatigable obrero, este santo misionero y tantos otros como existieron después de él? En fin, para recordar aquí el gran nombre de una mujer, que fué y será siempre una de las más puras glorias de la Iglesia, y también de la católica España, ¿quién no sabe lo que la ilustre virgen de Ávila, la seráfica Teresa de Jesús, debió sufrir para dotar á la santa Iglesia católica de numerosos monasterios, donde la oración y el sacrificio de tantas almas escogidas, de tantas santas y puras víctimas, de tantos apóstoles del sufrimiento, se exhalan y suben continuamente al cielo, como un holocausto de agradable olor para apaciguar la cólera de Dios, irritado por los crímenes de los hombres?

Propuestos á ser breves, no hablaremos de la innumerable muchedumbre de santos personajes que, en todos los períodos de los siglos cristianos, han aparecido con la sangrienta aureola del *Apostolado del sufrimiento*, es decir, de tantos santos Obispos, sacerdotes, fervientes religiosos y religiosas, de tantos celosos misioneros, como no han cesado jamás hasta nuestros días de fecundar, no solamente con su palabra, sino también con sus dolores, y frecuentemente con su sangre, la porción de tierra que el Padre de familia les dió para cul-

tivarla. Si el tiempo y el espacio nos permitieran preguntar á unos y á otros por el secreto de los grandes frutos de salvación que hicieron producir en las almas, responderían todos: *In dolore paries*. «Hemos alumbrado en el dolor estas almas para Jesucristo». Nuestros trabajos unidos á los suyos, nuestras privaciones y sufrimientos, unidos á sus sufrimientos y á su muerte, han abierto á estas almas el camino de la salvación. Así se va perpetuando y realizando, de edad en edad, con la propagación de la religión católica, el programa sagrado, la palabra de orden divino que ha presidido á su fundación: *Christum oportuit pati*. Convino que Cristo sufriera; y es necesario que los que quieran contribuir eficazmente á propagar su obra sufran con El y como El.

CAPÍTULO XI.

CONFIRMACIÓN DE LA DOCTRINA PRECEDENTE POR LA EXPLICACIÓN DEL TEXTO DE SAN PABLO: «YO HE CUMPLIDO LO QUE FALTA Á LOS SUFRIMIENTOS DE JESUCRISTO».

Convino que Jesucristo sufriera.... Y á la condición de sufrir con El, sigue la de que con El seremos crucificados. El gran Apóstol San Pablo, que pronunció este oráculo, nos presenta en su persona y en su vida una de las más brillantes aplicaciones. Apóstol de Jesucristo, es víctima con Jesucristo. El que se glorificaba de no predicar más que á Jesucristo, cifró su gloria también en llevar sobre su cuerpo los estigmas del Señor Jesús, llegando hasta á decir que cumplió en su carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea*. Y añade: «Para su cuerpo (místico) que es la Iglesia». *Pro corpore ejus quod est Ecclesia*. (Col., I.) ¿Puédese con menos palabras, y de una manera